

la historia de las madres: un proceso de transformación y aprendizaje de la sociedad¹

Ulises Gorini²

Hace veinte años atrás, durante una misa en el domingo de Pascuas, el Padre Eloy Roy de la Iglesia de Tilcara, le puso el pañuelo blanco de las Madres de Plaza de Mayo a la Virgen Dolorosa. El Padre justificó su conducta diciendo que la Virgen María había sufrido los mismos padecimientos que las Madres. La actitud del Padre causó conmoción durante la misma misa y la polémica se extendió en todo el pueblo. Por un lado, estaba la gente que lo apoyaba y, por el otro, los que decían que había ofendido a la Virgen y a los católicos con esa comparación.

El hecho trascendió a todo el país y era tan fuerte la polémica que rodeó al caso que se empezó a poner en duda la continuidad de Eloy Roy al frente de aquella iglesia. Se decía que había presiones del Episcopado para trasladarlo a otro lugar, como manera de sancionarlo.

(1) Intervención realizada en el acto homenaje del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos al Día Internacional de la Mujer y las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo: "Ellas no bailan solas". El acto tuvo lugar el 31 de marzo de 2008, en la Sala Solidaridad del Centro Cultural de la Cooperación, y consistió en un homenaje, no sólo a las luchadoras y luchadores por el ejercicio pleno de los derechos humanos, sino también a la gesta protagonizada por las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, al cumplirse 30 años del nacimiento de su lucha.

(2) Director del Periódico Acción. Autor de los libros *La rebelión de las madres. Historia de las Madres de Plaza de Mayo*. Tomo I (1976-1983), editado por Norma en 2006, una investigación exhaustiva de la gestación y lucha del movimiento de Madres hasta la vuelta de la democracia, y *La otra lucha. Historia de las Madres de Plaza de Mayo*. Tomo II (1983-1986), de reciente publicación, una aproximación al momento fundacional de un ciclo histórico del país -que en diciembre cumplirá 25 años- y, a la vez, un intento por explicar el enfrentamiento interno que terminó con la división de este movimiento de mujeres.

Por entonces, yo trabajaba en un periódico y me encargaron ir a entrevistarlo para hacerle un reportaje. A mí me interesó la nota; me despertaba profunda curiosidad aquel hombre que había tenido esa actitud tan valiente; sobre todo porque por esa misma época, un capellán castrense de la provincia de San Luis había manifestado que él no se imaginaba a la Virgen María vociferar y protestar en la Plaza de Mayo como lo hacían las Madres, que ellas, en realidad, distorsionaban la imagen de una verdadera madre.

Así que salí rumbo a Tilcara. Me alojé en el Hotel de Turismo del pueblo y pregunté dónde lo podía encontrar al padre Eloy y, para mi desazón, el conserje me respondió que, según tenía entendido, el padre había salido el día anterior a visitar las comunicados aborígenes y que cuando salía con esa misión no se sabía bien cuándo volvía. El conserje vio mi desaliento y como palabra consuelo me dijo. “Mire, el Padre no está, pero seguro puede encontrar al hijo”. Me sorprendí. Sabía que Eloy era un cura progresista, pero no me imaginaba que también tuviera hijos. Pero, en efecto, lo tenía. Era, según creo recordar, un muchacho chaqueño, ya grande en ese entonces, que había sido adoptado por el Padre Eloy a los 6 o 7 años. Para mi alegría, el hijo de Eloy Roy me dijo que el Padre iba a venir al día siguiente. Y así tuve la oportunidad, efectivamente, de entrevistarlo. Y preguntarle por lo que más me intrigaba de su historia; me intrigaba que, según había tenido conocimiento, quienes habían apoyado y sustentado a Eloy en una disputa con los críticos eran las madres pertenecientes a los pueblos originarios de la región de Tilcara. ¿Cómo era que en ese pueblo, distante a más de mil ochocientos kilómetros de la Plaza de Mayo, un grupo de mujeres casi marginales de aquella zona, había entendido y se había identificado con la lucha de las Madres?

Eloy Roy me explicó entonces que allí, en los alrededores de Tilcara suelen desaparecer niños. Las causas eran muy diversas: podían ser víctimas de un animal salvaje o de un accidente geográfico imprevisto y, también, víctimas del secuestro para el tráfico de órganos de niños. La historia, indudablemente me impactó. El padre Eloy me contó que él también se había sentido muy mal al principio, cuando tomó contacto por primera vez con esas historias. Sucedió que las madres de esos chiquitos de los pueblos originarios acudían a verlo con una prenda del niño y se la dejaban para que él las colocara en la iglesia. “Como si Dios pudiera oler esas prendas –me dijo Eloy- y pudiera rastrearlos como un buen sabueso.” El entonces, les había contado la historia de las Madres y esas mujeres comenzaron a entender la lucha de esas otras madres tan lejanas en el espacio.

Creo que en esta historia surge un elemento decisivo en la historia de las Madres de Plaza de Mayo, un elemento que resulta muy claro para la mayoría, y que es esa condición de la maternidad, de la mujer madre, que resulta un poderoso elemento impulsor de sus luchas y también un fuerte elemento identitario y de identificación.

Sin embargo, el padre Eloy contaba, con pesar, que esas madres de los pueblos originarios no habían logrado organizarse y luchar por su drama. La maternidad que parecía impulsar a unas no era elementos suficiente para impulsar a otras. ¿Dónde estaba la diferencia? ¿Cuál era la clave del tema?

Porque tengamos claro algo de entrada. No se trata sólo de madres que buscaron a sus hijos. Se trata de las Madres de Plaza de Mayo, las que empezaron buscando a sus hijos pero que muy pronto se constituyeron en un grupo político de resistencia, que, también, muy pronto se transformó en el principal símbolo de resistencia a la dictadura.

La aparición de las Madres fue un hecho inesperado para la dictadura. Ellos habían previsto la supresión de los poderes constitucionales; habían instalado una farsa de Comisión de Asesoramiento Legislativo, una farsa de Poder Judicial y una Junta Militar que era la verdadera dueña y señora de la vida de los argentinos.

Habían instalado esto; habían suprimido y eliminado partidos políticos, movimientos sociales y sindicales. Contaban con complicidades internacionales muy profundas, y un silenciamiento a nivel mundial muy profundo también.

Y de ese modo habían logrado acallar las escasas voces de denuncia del genocidio que estaban perpetrando con el arma más sofisticada de represión que se conocía hasta ese momento: la desaparición forzada de personas.

Las pocas voces que se dejaban escuchar eran descalificadas, sospechosas de “subversión”, reprochadas de antiargentinas. Y, por tanto, no surtían el efecto, el impacto que requería el impulso de una denuncia contundente.

La dictadura se daba el lujo de ironizar y de negar sus crímenes, de decir que los desaparecidos eran algo que por definición no estaba, no existía, y lo que no existía no se podía saber dónde estaba.

Pero entonces apareció una brecha: un puñado de mujeres en la Plaza de Mayo eran la prueba misma de la existencia de este drama de los desaparecidos.

Esto que Videla llamaba una “entelequia”, algo que no era, que no estaba, que no se sabía. Las Madres eran la prueba de lo contrario, de lo que existía, de lo que estaba haciendo la Dictadura. Esta evidencia llegó a transformarse en el mayor hecho de denuncia al terrorismo de Estado a nivel nacional e internacional.

¿Quiénes eran las que habían provocado semejante traspíe para un Poder que se había garantizado la destrucción, la eliminación, la complicidad, de poderes nacionales e internacionales? Mujeres. Lo primero fue una subestimación de parte del poder. Un documento del ejército de agosto de 1977 sostiene que no son ellas las que están impulsando este movimiento sino los grupos, como ellos lo llamaban, “subversivos”. Es un documento de inteligencia de la más alta esfera del Gral. Martínez, firmado por él. Y dice que “son las organizaciones subversivas las que están detrás de ello; son las que lo impulsan y en particular es la organización Montoneros”. Esto en parte era un pensamiento compartido por la Marina.

La Marina adoptó una decisión a partir de un proceso de infiltración que protagonizaba, como agente más notorio, Alfredo Astiz, pero que era un grupo muy complejo de trabajo. Este proceso de infiltración había llegado a confundirse con los propios militantes de los Derechos Humanos y con los propios familiares. Por eso las Madres lo acusan de “Judas”, porque en algún momento pensaban que era uno de ellas, un familiar más.

Reitero, no creían que fueran estas mujeres las que les hubieran producido este problema. Creían y estaban empecinados en decir que era la subversión que estaba detrás. En este sentido, hay muchísimas anécdotas de Madres cuando eran detenidas. Me acuerdo cuando fue detenida Juanita de Pargament, la tesorera histórica del Movimiento de las Madres. La detuvieron en la Plaza de Mayo y la llevaron a una comisaría, donde le preguntaron quién la había convocado. “Nadie me convocó, dijo ella, vine por mí misma”. “Ah... sí... ¡qué casualidad! -le contestaron- Todos los jueves a las 15:30 hs...”. Entonces Juanita se cansó de tanta pregunta y les dijo: “Si usted hoy desaparece, dé por seguro que su madre mañana va a estar con nosotras”. Sin embargo, yo no creo en la versión de Juanita; no creo que la condición de “madre” simplemente haya sido el factor eficiente de la presencia de este grupo de mujeres en la Plaza de Mayo. No como único factor, factor excluyente o principal.

El proceso de infiltración de Astiz terminó en un fracaso porque el objetivo era detectar la conexión montonera y no la encontró, no existía; aunque las Madres estaban atravesadas por militancias, por pedidos, por gente de los partidos de izquierda y de otros grupos que se acercaban, que les ofrecían soli-

daridad, o que aceraban dinero o que pedían a su vez ayuda a ellos. Las Madres no estaban en una campana de cristal, estaban atravesadas por eso.

¿Estos contactos eran la causa principal de su presencia en la plaza o había algo en ellas que las había llevado a esta presencia? ¿Cuál era el factor determinante? En esta subestimación del poder hacia ellas, para ellos el factor determinante eran los grupos revolucionarios y no veían para nada que en estas mujeres podría estar el origen de su propio impulso.

La misión de Astiz fracasó porque no descubrió ningún contacto monotonero. Entonces apuntaron a tres madres: Azucena Villaflor (la que había impulsado la convocatoria), Mary Ponce y Esther Ballestrino de Careaga. Apuntaron a esas tres madres como si ellas fueran ya el factor determinante de la subsistencia. Intentaron aniquilar el movimiento con este golpe, pero el movimiento ya tenía una dinámica más compleja y la desaparición de estas tres importantísimas madres no fue suficiente para aniquilarlas. Este fue el segundo error del poder con este movimiento: en principio, lo subestimó, pensó la conexión monotonera como el factor eficiente de su existencia; luego volvió y reenfocó su blanco: “Son estas tres madres, liquidamos a estas tres, desbaratamos el movimiento y pedimos que saquen una solicitada para la cual están trabajando, etc”. Se volvieron a equivocar. Pero claro, le dieron duros golpes a las Madres, duros golpes que todavía sentimos, como la desaparición de estas tres queridas Madres.

Hay otros que dicen que no eran los sectores de izquierda ni los sectores revolucionarios. Eran ellas mismas la fuerza de la maternidad, la madre “leona”, la “mama italiana”, tantas representaciones complejas de la maternidad que confluyen entre nosotros, que están encarnadas y que son prácticas sociales asentadas.

Pero aquí es donde aparece el problema que nos plantea el relato inicial de aquellas madres de los pueblos originarios sobre las que daba cuenta el padre Eloy Roy y, también, el problema que nos plantea una constatación: que la mayoría de los familiares de desaparecidos, lamentablemente, no salió a luchar y no constituyó un movimiento de resistencia como lo hicieron las Madres de Plaza de Mayo ¿Qué pasa, entonces, con todas las madres que no lucharon, si es un tema de la maternidad? ¿Qué pasa con todos esos familiares que no salieron a luchar? A lo mejor presentaron un *habeas corpus*, hicieron alguna gestión. La constatación de la investigación que hicimos determina que la mayor parte de las madres y familiares no salieron a buscar y es un puñado relativamente menor en cantidad las mujeres que llegan a constituir

el “Movimiento Madres de Plaza de Mayo”. ¿Qué pasó con la maternidad en los otros casos? Y ahí se plantean otros problemas que dilucidar.

Como mencioné antes, en 1988, un capellán castrense de apellido Padilla, destinado en un regimiento del ejército de San Luis, manifestó que él no se imaginaba a la Virgen María gritando y vociferando en la Plaza de Mayo como lo hacían las Madres. Ahí hay una representación de la maternidad por parte de este cura. Pareciera que respecto de alguna imagen adicional de la maternidad y nada menos que de la Virgen María, no podríamos encajarla en la imagen que nosotros tenemos de estas mujeres gritonas y vociferantes, por suerte, en el momento de mayor silenciamiento de la sociedad argentina.

A lo largo de mi investigación también me encontré con otras paradojas: por ejemplo, esa frase famosa de las Madres que dice: “Son hijas de sus propios hijos”. Un verso de Dante en el último canto del Paraíso, de la *Divina Comedia*, dice: “Virgen Madre, hija de tu hijo”. Me encontré con la sorpresa de la similitud de estas dos frases. Uno de los estudiosos de *La Divina Comedia* dice: “La Virgen María es Virgen María en tanto que es madre de Jesús. No hizo otra cosa más que ser madre de Jesús; por eso cobra entidad, a partir de su hijo cobra entidad”. ¿No es esto lo que significa la frase de las Madres, que son “hijas de sus propios hijos”? Porque sabemos que en el proceso de las Madres hubo un proceso activo de lucha por constituirse en Madres de Plaza de Mayo, consciente o inconscientemente, y no solamente un proceso activo enfrentando al poder más terrorífico que existió en la Argentina en el siglo XX. Enfrentando no sólo a ese poder sino a sus cómplices, enfrentando no sólo al poder y a sus cómplices, sino también a aquellos que le decían “No a la Plaza”, “No a la resistencia de las Madres”. Es decir: ¡Qué proceso activo que generaron! Y enfrentando a prácticas y representaciones de la maternidad, porque en parte aquel cura sinvergüenza de Padilla tiene alguna razón. Él, en relación a algunas representaciones de la maternidad, no se puede imaginar a estas madres como madres. Porque no imagina a una madre vociferando y gritando, peleando. Los deberes del cuidado de los hijos terminan ahí, en la puerta de la casa, pero no llegan hasta la Plaza de Mayo. Como esa frase tan famosa: “De la casa a la Plaza”, que describe este pasaje tan extraordinario que hacen las Madres de Plaza de Mayo en la historia y en la política argentina. Y “la casa en la Plaza”, por otras muchas cosas podríamos decir.

Las Madres harían un proceso de lucha contra esas representaciones de la maternidad, contra prácticas propias en muchos casos. Desde ya que cambia la situación de estas mujeres en sus propias familias. En algunas cambia “pacíficamente”, con la aceptación del marido, de los hijos. En otras,

se da una pelea interna en el seno familiar: “Pero están los otros hijos. No los pongas en riesgo. No descuides tus deberes. Yo soy tu marido”. Hay una confrontación en el tema de la maternidad y ellas van a resituarse y a planear una nueva concepción de la maternidad. Así llegaríamos a esta frase tan hermosa de la socialización de la maternidad que no es sólo sentirse madre de los 30 mil desaparecidos, sino de toda esta cantidad de jóvenes que se han volcado a la adhesión a las Madres y militan hoy junto a las Madres y otros que no están al lado exacto de las madres, pero que representan ideales de los hijos de las madres, de los '70 y de otras épocas, desde otra perspectiva y en otra situación política.

Entonces, la maternidad sola no es un factor explicativo de la existencia de las Madres. En ese momento, aparecieron algunos sociólogos que sostuvieron que no era ni la subversión ni los revolucionarios, pero tampoco la maternidad, la que explicaba todo eso; porque era evidente que no fueron todas las madres las que constituyeron un movimiento político. Para ellos, fue una respuesta al vacío político: ellas constituyeron un movimiento político porque había desaparecido la política. El Estado terrorista era el único que hacía política. Eran ellos los que monopolizaban todo. Estaba el Poder Judicial, pero no estaban los partidos políticos.

Frente a este vacío ellas buscaron crear su propia respuesta política. Es cierto: las Madres son una respuesta a la desaparición forzada de personas y una respuesta que se constituye como una respuesta política al terrorismo de Estado. Pero no solamente en contra del terrorismo de Estado y no solamente en contra de sus cómplices, sino en contra de cierta política, de una política muy compleja. No había vacío político, no sólo porque hacía política la Junta Militar y muchos de esos cómplices, sino porque la mayor parte de los partidos políticos -sobre todos los más poderosos: el justicialismo, el radicalismo y otros tantos- tenían actividad política.

En un suplemento publicado por el Diario *La Opinión*, el 24 de marzo de 1977, con motivo del primer aniversario de la dictadura, se publica una entrevista a 8 o 9 políticos de primer nivel del momento: Alfonsín, Robledo (dirigente del justicialismo y ex ministro de defensa y del interior de Isabelita), Fernando Nader (Partido Comunista), Oscar Allende, entre otros. Ninguno, al año del golpe de Estado, enuncia claramente la desaparición de personas y sugestivamente a los días titulan en un suplemento de ocho páginas: “El silencio de los políticos”. El mismo día en que la carta de Rodolfo Walsh estaba denunciando desde la clandestinidad, perseguido, a pocas horas antes de ser asesinado, lo que no veían estos políticos en la plana mayor de la

política argentina. Lo que no veían estos hombres que gozaban de ciertas libertades para poder pronunciarse públicamente, lo veía un hombre en la clandestinidad, perseguido y a punto de morir. No era mala vista la de estos hombres, sino mala política.

Las Madres se constituyeron, no frente al vacío político sino frente al terrorismo de Estado, frente a sus cómplices, frente a los que silenciaron. ¡Qué proceso de transformación enorme que hicieron estas mujeres!

Una conocida o amiga de Dora Barrancos hizo un libro muy hermoso, que se publicó hace muy poco: Nora Domínguez. Ella dice que cuando repasa los testimonios de las Madres, de sus vidas, de sus experiencias, encuentra una palabra que se repite con mucha intensidad: APRENDIZAJE. “Todo lo que hemos aprendido, aprender desde la nada, desde el no saber, todo lo que tuvimos que aprender para conocer a los políticos, para conocer a la sociedad, a lo que teníamos que enfrentar”.

Me pidieron que hiciera una aproximación a las Madres. Podría haber dicho otras cosas, desde otros ángulos, desde otras perspectivas. No creo que lo que acabo de decir sea palabra santa ni mucho menos. Es una perspectiva entre tantas posibles. Y creo que un día en un homenaje de la mujer, hablar de las Madres de Plaza de Mayo en la Argentina es casi una obligación ineludible. Pero hablarlo desde lo que significa desentrañar el significado para los argentinos. Cómo estas mujeres se cambiaron a sí mismas y cómo nos cambiaron a los argentinos, a la sociedad.

Por suerte, con ellas no pasó lo que pasó con Antígona, aquella protagonista de la obra de Sófocles, la tragedia griega. Se ha repetido muchas veces la comparación con esa vieja historia que Sófocles recoge en su obra: Antígona muere por tratar de darle entierro a su hermano asesinado a causa de haber enfrentado al poder de su época. Por suerte, las Madres de Plaza de Mayo sobrevivieron a los golpes del terrorismo de Estado. Tenemos la suerte de tenerlas acá, entre nosotros, de que sean un factor político decisivo que no nos permite olvidar lo que ocurrió y no sólo eso, sino que nos exige una acción concreta de justicia. Gracias Madres de Plaza de Mayo.